E S T

U D I O

S

>

EL PAPEL DE BECEITE Y VALDERROBRES

El nacimiento de una industria aragonesa

ANA BALLESTERO PASCUAL
DOCTORA EN CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

El papel[1] fue uno de los inventos más importantes de la historia y entender a los artesanos que ejercieron este oficio, sus técnicas de trabajo, sus herramientas y, en definitiva, su día a día ha permitido conocer mejor la revolución industrial que sufrieron los negocios papeleros españoles durante el siglo XIX, entre los que se encontraban los de Beceite y Valderrobres.

El inicio de la revolución industrial en el Matarraña se debe remontar a 1773[2], con la construcción del primer molino de papel. Hasta ese momento los más de mil habitantes que vivían en cada municipio disponían de una renta agropecuaria que excepcionalmente se compaginaba con algunas actividades orientadas al sector terciario, como la carpintería o la herrería. En general, la economía de Beceite y Valderrobres era sumamente

1
El papel tal y como lo conocemos en la actualidad es un invento bastante reciente debido a que antes de introducir las fibras madereras en su producción este se realizaba con trapos o harapos que eran recolectados por los traperos o draperos, encargados de trasladarlos hasta los molinos. Una vez depositados en el lugar se troceaban, se limpiaban y se metían en los pudrideros, que no eran más que trujales. Allí se mezclaban con agua y se dejaban pudrir. Posteriormente, se trituraban con mazos hasta convertirlos en pulpa. Finalmente, el laurente sumergía una forma papelera en la tina y creaba los pliegos. Tras el encolado, secado y bruñido, el papel estaba listo para su venta.

2
Archivo del Colegio Notarial de Zaragoza-Aragón (ANZ), Licencia para crear un molino de papel y trasladar el batán levantado, Protocolo notarial de Cosme Fernández Treviño, 1773, signatura 5.506, fs. 520-522.

< Imagen del dibujo de Goya "Todo lo desprecia" en el que se puede apreciar parte de la filigrana "Gaudó he Hijo". (Museo del Prado)

dependiente de la agricultura, ya que sobrevivió gracias a la explotación de minifundios dedicados al cultivo de la seda, melones, calabazas, cáñamo, panizo y, también, a la obtención de miel. Solamente un pequeño porcentaje gozó de las rentas derivadas de los arriendos de esos terrenos[3].

Al molino de Tomás Royo en Beceite pronto le sucedieron otros hasta contar con doce manufacturas dispersas por todo el cauce del Matarraña. El momento álgido de este sector papelero se dio en la primera década del siglo XIX, aunque tan apenas unos años después se vio fuertemente afectado por dos grandes conflictos: la guerra de la Independencia (1808-1814) y la I guerra carlista (1833-1840).

Pese a los altibajos políticos y bélicos, el sector papelero del Matarraña consiguió ser un referente a nivel nacional. Autores como Gayoso[4] afirman que la producción fue comparable a la de otros centros logísticos de gran calibre como La Riba, Capellades, Tolosa o Alcoy. Cada tina[5] era capaz de generar nueve resmas diarias, lo que suponía una producción desorbitante, ya que a cada fabricante de papel le quedaba, tras deducir impuestos, cargos e importe de las materias primas y de la mano de obra, una onza de oro al día[6].

Su éxito se debió a que estos molinos supieron elaborar un papel con suficientes características intrínsecas que lo hacían único e incluso codiciado. Este hecho fue posible gracias al uso de agua y trapos de gran calidad.

En la fabricación del papel, el agua era un recurso esencial, debido a que no solo servía como fuerza motriz, sino también como materia prima. Todo el proceso de elaboración requería su presencia, desde las fases más primordiales como la transformación del trapo en pulpa[7] o el encolado, hasta las más básicas como la limpieza de los útiles de trabajo. Por tanto, si se daba una escasez de este elemento, la fabricación de material era inexistente y, en consecuencia, el negocio dejaba de ser rentable.

Si el agua era importante en la elaboración del papel, igual o más lo era el trapo. Tradicionalmente, los industriales aragoneses se surtieron de cuatro prendas para desarrollar la fabricación: pana, esparto, algodón y lino; y rara vez se optaba por incluir otros materiales como la seda o la lana[8]. El trapo se solía traer desde Huesca y, aunque su transporte encarecía el producto, se prefería frente a los que vendían los traperos de

3
Montserrat Zapater, Octavio y Siurana Roglán, Manuel, *Valderrobres 1479-1833. El crecimiento de una gran villa rural aragonesa*, Valderrobres, Fundación Valderrobres Patrimonial, 2021.

4
Gayoso Carreira, Gonzalo, *Historia del papel en España*, Lugo, Diputación Provincial de Lugo, 2006, vol. I, p. 55.

5
Espacio estanco en el que se introducía la pulpa papelera mezclada con agua. Se trataba del especio laboral que usaba el laurente, ya que en ella sumergía la forma papelera para crear el pliego.

6
Miñano y Bedoya, Sebastián, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y Portugal*, Madrid, Imprenta de Pierrat-Peralta, 1826, vol. II, p. 33.

7
Pasta que se obtiene al triturar el trapo y mezclarlo con agua.

8
Archivo Municipal de Zaragoza, *Libro de acuerdos y resoluciones de la Junta Real de la Compañía de Comercio y Fábricas de Zaragoza*, Fondos de la Administración Pública, 1776, signatura 24-10-3.

Zaragoza. Se tenía la creencia de que, al ser usado en municipios ubicados en cotas altas, estaba más protegido de la suciedad ya que su aspecto era más limpio. Su blancura posibilitaba reducir el coste de producción debido a que ya no era necesario incorporar a la pulpa ninguna sustancia blanqueante. El resultado era un papel de mayor calidad.

Los molinos papeleros de Beceite y Valderrobres

Una de las primeras premisas a tener en cuenta para la construcción de un molino papelero era elegir correctamente el lugar donde se iba a asentar esta manufactura. Era necesario escoger una ubicación cercana a un cauce de agua y alejada de todas las industrias próximas, ya que de esta manera se evitaba cualquier contaminación hidrológica que pudiera existir. Por esta razón, todas las fábricas que se asentaron en Beceite y Valderrobres se encuentran en las afueras del casco urbano e incluso algunas de ellas en enclaves de difícil acceso.

En Aragón la estructura de estas manufacturas guardaba semejanzas con la empleada en las fábricas catalanas, aunque en la comarca del Matarraña prácticamente no han quedado vestigios originales de esta arquitectura ya que, en casi todos los casos, estos inmuebles se han modificado considerablemente para albergar negocios muy dispares o simplemente con el paso del tiempo ha desaparecido parte de su estructura. Normalmente los molinos papeleros contaban con varios pisos, pero todo dependía del calibre de la industria.

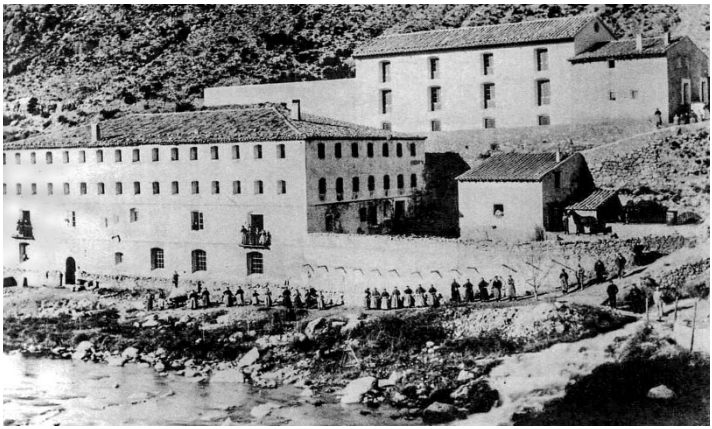
El nivel inferior tenía acceso directo a la acequia general y al azud a través de un canal, por lo que en su interior se encontraban todos aquellos elementos que necesitaban de forma directa el agua. En este espacio estaban las pilas, el pudridero donde se descomponían los trapos y un martinete para satinar los pliegos. Cercano a él, se hallaban otras salas anexas con las tinas y las prensas para compactar y deshidratar la posta recién hecha. Esta zona se caracterizaba porque estaba cubierta por una bóveda de cañón.

En una segunda altura se ubicaba una chimenea con la que se elaboraba la cola. Allí se instalaban dos calderas para cocer la carnaza y filtrarla. También contaba con un mojador para sumergir las hojas de papel en la aguacola y prensas para eliminar el exceso de encolado.

En la tercera y última planta se hallaba el mirador o secador debido a que esta parte de la fábrica era la más limpia y en ella se podían generar corrientes de aire para secar el papel. Esta sala se diferenciaba del resto porque sus muros poseían numerosas ventanas y persianas que regulaban la aireación. El proceso debía ser lento y homogéneo y, además, tenía que estar controlado para evitar la lluvia, el exceso de sol, el fuerte viento y la entrada de animales y suciedad[9]. En los laterales de esta habitación se encontraban los tensores de los que partían las cuerdas para colgar los pliegos.

En el exterior, junto al edificio principal se anexionaban otras dependencias como el almacén de la carnaza y los trapos, el habitáculo para esguinzar estas telas y eliminar las partes innecesarias como hebillas y botones, y la carpintería. Era importante ubicar el triaje y el embalado en una parcela exterior, accesible y bien iluminada ya que las escogedoras debían dar el visto bueno a los pliegos realizados, para después clasificarlos y venderlos.

9
El mejor ejemplo conservado en la actualidad de un mirador o secador se encuentra en la fábrica Gaudó, hoy reconvertida en el hotel Somnifabrik en Valderrobres.



Fábricas del Pont Nou (Beceite). (Archivo Luis Latorre Albesa)

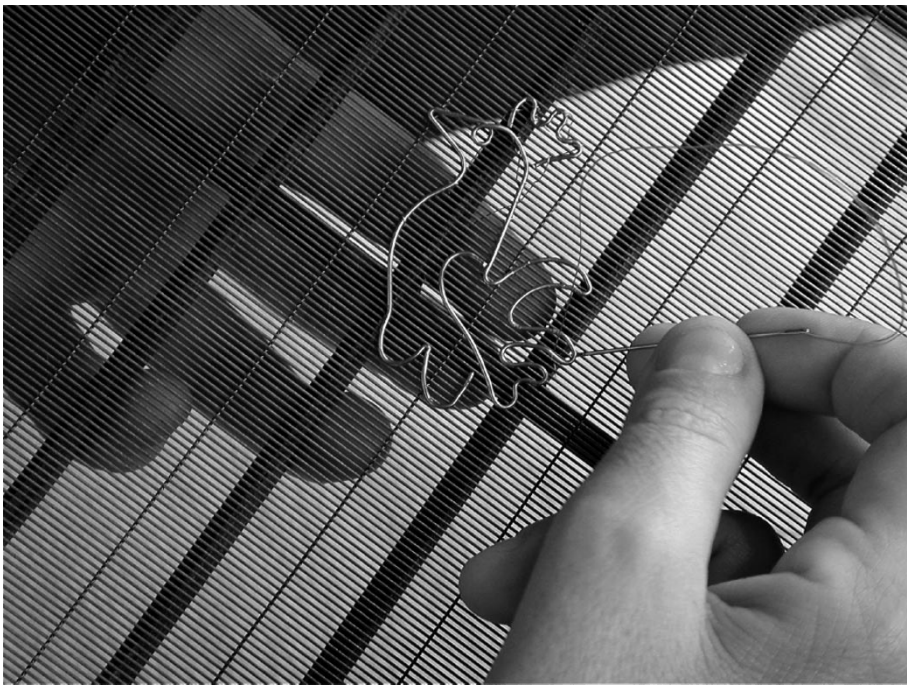
Muros exteriores pintados del molino Zurita-Bonic (Valderrobres).

También era habitual que estos complejos industriales contaran con corrales, huertos y arbolado plantado en los terrenos aledaños, que se surtían del agua de las acequias. En ocasiones estas parcelas eran arrendadas a los propios inquilinos del molino, quienes las cultivaban y de las que obtenían ganancias[10].

Se debe tener en cuenta que esta descripción es generalizada y que cada molino papelero se adaptaba a la orografía propia del terreno en el que se levantaba, así como a las exigencias que tenía que cubrir. Un ejemplo de ello es el molino de Francisco Zurita-Bonic, el cual contaba con una capilla. Este espacio era realmente preciso porque evitaba continuos traslados al municipio con el fin de asistir al culto religioso, ya que el desplazamiento diario hasta el pueblo suponía una reducción notable en la jornada laboral. Asimismo, este inmueble destaca por su exterior, ya que es la única fábrica en Europa que posee una decoración con estucos, algo inusual puesto que por norma general no existía la necesidad de llevar a cabo una ornamentación de un entorno fabril.

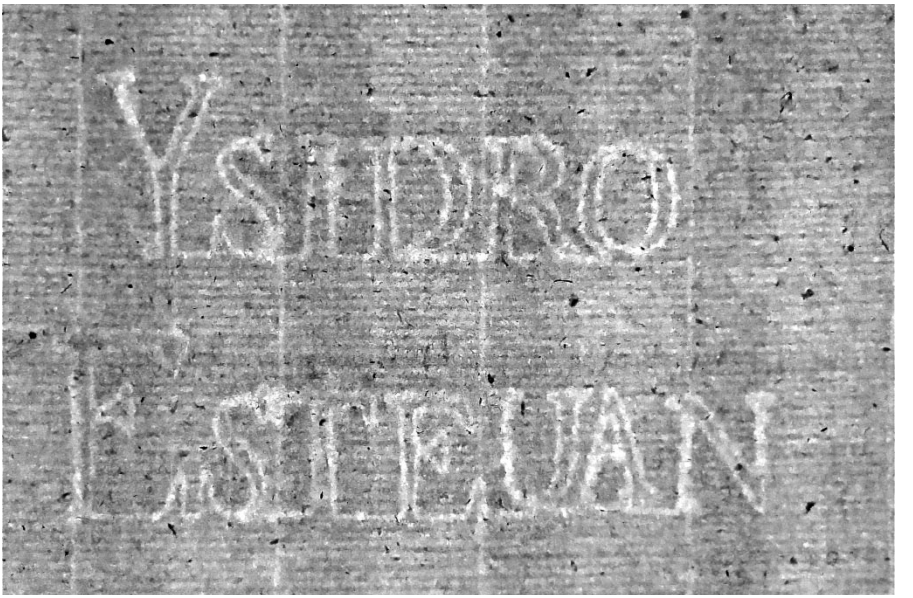
La filigranología y su estudio

Uno de los elementos que está presente en el papel tradicional es la filigrana.



Cosido de una filigrana a la forma papelera.

10
Pedraza Gracia, Manuel José, "En el molino de Aguerri: la vida cotidiana en un molino papelero de la primera mitad del siglo XVI", en *Actas del XII Congreso Internacional de Historia del Papel en la Península Ibérica*, Santa Maria da Feira, Asociación Hispánica de Historiadores del Papel, vol. II, (2017), pp. 149-158.



Dibujo de una filigrana al trasluz.

Este símbolo consistía en una señal visible al trasluz, que suponía un sello identificativo del papelero y/o del molino que la empleó. Esta huella se creaba durante el proceso de elaboración, ya que se cosía un diseño a la forma papelera[11]. Una vez que los trapos se convertían en pulpa, el laurente[12] introducía en la tina el molde papelero que, al sacarlo, formaba un pliego al atrapar las fibras en suspensión. Este dibujo se obtenía cuando la pulpa se repartía y a través de la deshidratación los alambres desplazaban estas fibras. Al haber menos de éstas, estos espacios quedaban visibles al trasluz.

Con este ingenio, las filigranas comenzaron a implantarse de manera asidua, bien por mandato real o institucional con el objetivo de evitar falsificaciones o bien por necesidad propia para remarcar la autoría de una determinada producción.

El estudio de las filigranas es conocido con el nombre de filigranología. Esta ciencia se lleva practicando desde hace siglos y consiste en investigar, recopilar y cotejar los diferentes diseños que emplearon los papeleros. Además, esta técnica permite datar y autentificar documentos y obras de arte, ya que se estima que cada forma papelera tenía una vida útil de dos años, pues pasado este tiempo los alambres se deformaban considerablemente y, por tanto, eran completamente ilegibles, por lo que se debía sustituir toda la pieza.

Gracias a la comparación de filigranas y a esta investigación, se conoce que el papel del Matarraña fue empleado por Francisco de Goya en su *Cuaderno C*. Este álbum está

11
Rejilla formada por un marco de madera y un enrejado metálico que sirve para recoger la pulpa y, al mismo tiempo, desprenderse del exceso del agua. A esta herramienta también se la denomina "molde papelero".

12
Trabajador encargado de atrapar y colocar de manera homogénea la pulpa que se encuentra en la tina. Su función es decisiva en la producción de esta materia porque él crea los pliegos de papel.

compuesto por 133 hojas unidas en forma de cuadernillo y está depositado en el Museo del Prado. A día de hoy, hay 8 dibujos que se encuentran en paradero desconocido, 7 en fondos públicos y uno en una colección particular, por lo que es necesario tener en cuenta que el conjunto está desmembrado e incompleto[13].

En este cuaderno, Goya dibujó acontecimientos de la vida cotidiana y abordó temas muy variados, que comprendían desde aspectos políticos y religiosos hasta escenas oníricas. Al igual que en los grabados de los *Desastres de la guerra*, todas las ilustraciones van acompañadas de una pequeña frase que hace referencia a la composición dibujada. Si se atiende a los personajes que aparecen representados, estos se alejan del prototipo de héroe idealizado; más bien son personas cotidianas y anónimas que viven en un periodo muy convulso.

A diferencia de otros cuadernos de artistas como los *taccuini*, diseñados para completar la formación durante el gran tour italiano, tomar apuntes o crear bocetos del natural, este caso es diferente debido a que esta pieza no fue fabricada por libreros con papel extranjero de buena calidad, sino que fue ideada por el propio artista con el material que poseía en aquel momento.

Con el estudio iniciado por Gloria Solache Vilela[14], técnico del Departamento de Dibujos y Estampas de dicho Museo, las indagaciones de los historiadores valderrobrenses Enrique Puch Fontcuberta y Manuel Siurana Roglán y las investigaciones surgidas de esta tesis[15], se ha retrasado la producción del *Cuaderno C* a una horquilla temporal más tardía, concretamente de 1814 a 1823.

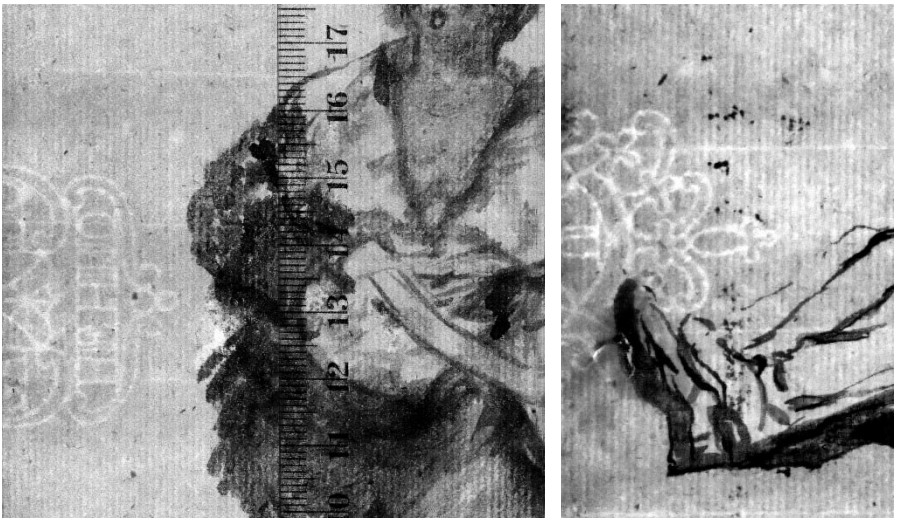
Tras comparar la colección de dibujos que forman esta obra, solamente se ha encontrado una filigrana y esta fue empleada por el papelero Juan Iglesias Renau en el molino de Domingo Almenara-Gaudó en Valderrobres.

Con la nueva datación, la obra del artista aragonés se ha enmarcado en un contexto diferente. Tradicionalmente, esta colección de dibujos estaba fechada en el periodo de la guerra de la Independencia (1808-1814), pero a través de los nuevos estudios estas ilustraciones se deben entender como una producción realizada en los años que siguieron a esta contienda, con el nuevo reinado absolutista de Fernando VII. En esos instantes España estaba sumergida en un auténtico caos debido a las consecuencias producidas por esta disputa. Las arcas nacionales sufrieron un enorme endeudamiento por el gran coste militar, el comercio y los transportes se paralizaron porque muchas industrias fueron arrasadas, y el sector agrícola quedó arruinado por la escasa rentabilidad de las tierras. A esto se le sumaron la alta mortandad de la población, la hambruna, las epidemias y las continuas rapiñas.

13
Matilla, José Manuel (ed.), *Cuaderno C de Francisco de Goya*, Madrid, Skira, 2020.

14
Solache Vilela, Gloria, "Una nueva mirada a los dibujos de Goya", *Ars magazine: revista de arte y coleccionismo*, 45, 2020, pp. 32-42.

15
Rajadell, Luis, «La marca de agua de una fábrica de papel de Valderrobres "rejuvenece" la obra de Goya», *Heraldo de Aragón*, (19-10-2020), <https://www.heraldo.es/noticias/ocio-y-cultura/2020/10/19/la-marca-de-agua-deuna-fabrica-de-papel-de-valderrobres-rejuvenece-la-obra-de-goya-1400777.html>, [Consulta: 20 de octubre de 2020].



Izq. Dibujo "La huebera". Dcha. Dibujo "Edad con desgracias". Ambos con fragmentos en el lateral izquierdo de las filigranas que permiten datar esta obra de arte. (Fondos de la Colección Museo del Prado)[16]

En mayo de 1814, el monarca Fernando VII regresó a Madrid y con él, todas las medidas derogadas anteriormente. Se restauró la Inquisición, se prohibió la libertad de prensa, se abolió la Constitución y se inició una fuerte represión política de aquellos que eran considerados afines a las ideas francesas o poseían ideales liberales. Tan solo un par de meses después, Goya fue requerido por orden real para pintar dos retratos del rey —actualmente depositados en el Museo del Prado y el Museo de Zaragoza—, ambos con un aspecto similar. En dichos cuadros el monarca aparece con sus mejores galas: el Toisón de oro, el manto de color púrpura revestido de armiño, el cetro de mando y el collar de Maestre de la Orden.

En este contexto se entiende perfectamente que el artista de Fuendetodos apostara por la ironía y la sátira como medio de expresión para criticar las actitudes y situaciones de abuso ante los más débiles. Solo en algunas ocasiones rompió esta dinámica llena de desesperanza para crear escenas cargadas de optimismo y alegría, las cuales se han asociado con la satisfacción generada por la reinstauración de la Constitución de Cádiz en 1820. Sin duda, con la nueva datación cronológica se comprenden las ideas artísticas de Goya y, por supuesto, su inclinación por emplear un papel de carácter nacional que no estaba preparado para el uso al que fue destinado. Y es que en ese momento el mercado estaba paralizado, por lo que no pudo adquirir soportes especializados ni, mucho menos, adquirir aquellos que provenían del extranjero.

Conclusiones

Aunque en su nacimiento la industria del Matarraña se concibió únicamente para elaborar papel, gracias a la diversificación que sufrió en el siglo XIX al decantarse por

16
Museo del Prado, *Cuaderno C de Francisco de Goya y Lucientes*, Madrid, Gobierno de España, 2022, <https://www.museodelprado.es/coleccion/obras-de-arte?searchObras=cuaderno%20c%20de%20francisco%20de%20goya%20y%20lucientes>, [Consulta: 20 septiembre de 2022].

elaborar géneros tan dispares como filtros de bebidas, sobres o cartulinas, consiguió alcanzar la rentabilidad de este sector y al mismo tiempo logró hacer frente a los vaivenes económicos y políticos del siglo XIX. Esta estrategia comercial permitió ocupar un nicho de mercado muy potente que, a su vez, proporcionó el capital suficiente para competir con las grandes industrias catalanas y valencianas.

En la actualidad, tanto un municipio como otro son dos focos importantes en cuanto al sector turístico, pero lamentablemente muchos de sus molinos han desaparecido o están en estado de ruina, lo que dificulta la difusión de su patrimonio. Los que quedan en pie se han remodelado para albergar otros negocios, en su mayoría hosteleros, que en ocasiones han deteriorado incluso más el inmueble. Actualmente, desde diferentes entidades se incentiva la restauración de estos edificios, pero es importante que esta se haga de manera adecuada y respetuosa.

Debemos otorgar a la industria del Matarraña y al papel elaborado en ella la importancia que se merecen por ser dos elementos que nos hablan del pasado y nos ayudan a reconstruir la vida de aquellos que ya no están. Su naturaleza es tal que por mucho que pase el tiempo siempre van a aportar una nueva visión que nos haga replantearnos la veracidad de las doctrinas estudiadas hasta ahora. Siempre quedan cosas por aprender y por descubrir y estos elementos brindan esa oportunidad.